

Fr. Martín Gelabert
Ballester, O.P.*

TOMÁS DE AQUINO. SER AMIGO DE DIOS

Lo que da sentido a la vida de Tomás e impulsa toda su obra es su inmensa pasión por Dios.

E

n el castillo de Rocaseca, cerca de la pequeña villa de Aquino, en el sur de Italia, propiedad del caballero Landolfo de Aquino, casado en segundas nupcias con una noble napolitana llamada Teodora, nació a comienzos de 1225 el más famoso de los hijos de este matrimonio: Tomás. Después de celebrar en 2023 y 2024 los 700 años de su canonización y el 750 aniversario de su muerte, la Orden dominicana y toda la Iglesia celebrarán, en 2025, el 800 aniversario del nacimiento del posiblemente más conocido y citado teólogo de todos los tiempos. Teólogo que ha dejado de ser patrimonio de la Orden dominicana para convertirse en “doctor común o universal de toda la Iglesia”, ya que “la Iglesia ha hecho suya su doctrina” (Pío XI), pues en ella “reconoce la expresión particularmente elevada, completa y fiel de su Magisterio y del *sensus fidei*¹ de todo el pueblo de Dios” (Pablo VI).

La teología, fruto de una experiencia de Dios

En la historia de la teología y de la cultura, el nombre de Tomás de Aquino ha sido valorado por la gran aceptación doctrinal de su magisterio, que se escolariza a partir de 1309 y pasa a ser doctrina oficial. Nos gloriamos de que su Suma de Teología estuviese colocada, en paralelismo con la

* Universidad Católica de Valencia. Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, España. mgelabert.ar@dominicos.org; orcid: <https://orcid.org/0000-0001-8261-5823>

1 Sentido de la fe.



Biblia, en la mesa presidencial del Concilio de Trento. Tal prestigio doctrinal ha hecho que la obra haya suplantado al hombre, a la persona inquieta y apasionada que tiene que multiplicarse y servirse de tres o cuatro amanuenses para volcar en unos pergaminos la constante ebullición de su pensamiento. Pues, por encima de su saber, de su claridad expositiva y de su capacidad de síntesis, Tomás de Aquino es un gran creyente, un hombre de profunda fe. Si olvidamos esta dimensión, no comprendemos adecuadamente a su persona ni a su obra. Lo que da sentido a la vida de Tomás e impulsa toda su obra es su inmensa pasión por Dios.

La enseñanza de Tomás de Aquino es, en gran parte, el desborde de una experiencia mística. Tomás no es un filósofo, sino un creyente que vive intensamente la fe. Un fraile ejemplar que va al coro todos los días, fraterno y sencillo en el trato con los demás. Puede decirse de él, como de santo Domingo, que “no hablaba sino de Dios o con Dios”. En el momento en que la conversación se salía de esos temas, se

retiraba de forma discreta. Pone al servicio del Evangelio su inteligencia clara y extraordinaria. Quiere saber por qué cree y qué es lo que debe creer. Aquí empieza su estudio. En él, estudio y oración van a la par. No se apoya en la filosofía para creer; pero, creyendo, razona y busca. Vive lo que enseña; enseña lo que vive. Verdad y Vida se abrazan.

La teología, para santo Tomás, presupone la experiencia de Dios. Sin experiencia de Dios, no hay teología. “La doctrina sagrada”, dice comentando la carta a los Hebreos, “es como el manjar del alma”; por eso “las enseñanzas de la Sagrada Escritura son no solo para el entendimiento, sino también para el afecto” (De Aquino, 1979)², es decir, para ser acogidas con el corazón y transformar la vida. Y aunque Tomás nunca se refería a sus experiencias místicas ni las utilizaba como criterio de su enseñanza, sus primeras biografías (las escritas por Guillermo

2 Cf. Super ep. ad Hb., c. 5, lect. 2

de Tocco o Bernardo Guy) nos relatan sus raptos místicos, su don de lágrimas y sus constantes reflexiones sobre la oración.

El episodio más conocido a este respecto es el ocurrido al final de su vida académica, tal como nos cuenta su amanuense, y aparece en las actas de su proceso de canonización. El 6 de diciembre de 1273, tuvo una visión intelectual de Dios, y tras ella se negó a escribir. Como la Suma de Teología no estaba terminada, su secretario, fray Reginaldo, no cesaba de preguntarle por qué no podía seguir escribiendo. ¿Por qué no puede? “Después de todo lo que Dios se dignó revelarme el día de san Nicolás, me parece paja todo cuanto he escrito en mi vida, y por eso no puedo escribir ya más” (Gelabert, 2017). Tomás, un hombre deslumbrado ante el misterio insondable de Dios. ¿El premio? “Está muy bien lo que has escrito de mí”. La respuesta de Tomás: “Señor, no quiero más que a ti solo” (Gelabert, 2017).

Santo Tomás era bien consciente de que, en el fondo, no sabemos nada de Dios. Su teología enlaza con la gran experiencia mística del Dios desconocido: “de Dios no conocemos lo que es, sino solamente lo que no es” (De Aquino, 2001, p. 113), escribe en la Suma de Teología.³ El motivo de tal desconocimiento lo explicaba en su obra de juventud, comentando a Pedro Lombardo: “Dios mora como en una especie de tinieblas impenetrables” (De Aquino, 2002)⁴. Aunque, partiendo de las cosas visibles se puede alcanzar algún conocimiento de Él porque es causa y causa eminente, la verdad es que cuanto más se progresa en su descubrimiento, más consciente se es de su lejanía (De Aquino, 1987).⁵ En una de sus últimas obras podemos leer:

Y esto es lo máximo y más perfecto de nuestro conocimiento en la tierra: unirse a Dios como al Gran Desconocido. Lo cual sucede porque sabiendo de Dios lo que no es, ignoramos, sin embargo, absolutamente, lo que es. Por eso para demostrar la ignorancia de este altísimo conocimiento, se dice en el Éxodo que Moisés se acercó a la tiniebla en que estaba Dios. (De Aquino, s.f. a)⁶

Una relación de amistad entre Dios y el ser humano

Más allá de lo mucho o poco que sepamos de Dios, la gran cuestión que nos interesa es el tipo de relación que Dios quiere tener con el ser humano. Según nuestro autor, en la Encarnación se muestra el gran amor de Dios por el ser humano:

³ Cf. S.T. I, c.3 (Introducción)

⁴ In Sent. 1, d. 13, a. 1, sol. 4.

⁵ In Boet. de Trin. proem. q. 1, a. 2

⁶ Contra Gentes 3, 49.

ninguna prueba de la divina caridad es tan evidente como la de que Dios creador de todas las cosas se haya hecho criatura, que nuestro Dios se haya hecho nuestro hermano, que el Hijo de Dios se haya hecho hijo del hombre: “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito” (Jn 3,16). La Encarnación es acto de amor y manifestación de amor (De Aquino, s.f. b).⁷

Ahora bien, el amor de Dios hacia el ser humano busca una respuesta de amor. Santo Tomás entiende que el amor pleno y perfecto no es unilateral, no va en una sola dirección. El amor perfecto es recíproco. De ahí la gran intuición de Tomás de Aquino al calificar de amor de amistad la relación entre el ser humano y Dios, pues los amigos se aman mutuamente. El amor de Dios hacia el hombre llega a su plenitud cuando este responde a Dios con un amor similar al que recibe. Similar, sí, pero no “igual”, puesto que Dios ama con un amor infinito y el amor humano siempre es finito. La similitud no está en la igualdad, sino en el hecho de que Dios ama con todo su amor (infinito) y el ser humano está llamado a responder con todo su amor (aunque sea finito) (De Aquino, 1990).⁸

El Doctor Angélico entiende que entre Dios y el ser humano puede y debe darse una relación de amistad, algo inconcebible para la razón y que solo es posible conocer por revelación. Encuentra un buen fundamento bíblico en Jn 15,15: “a vosotros os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre”. Pero, consciente de la trascendencia divina, dado que “a Dios nadie le ha visto jamás” (Jn 1,18), el santo aclarará que se trata de un “cierto tipo” de amistad (De Aquino, 1990).⁹ Esta restricción expresa el hecho de que la reciprocidad entre los amigos deriva, en nuestro caso, de la sola iniciativa divina. Por otra parte, santo Tomás está convencido de que la igualdad que supone o a la que tiende la amistad no puede aplicarse cuando se trata de la amistad del ser humano con Dios. No hay proporción entre el hombre que ama y el Dios amado, pues nunca la medida de quien ama, en este caso, la persona humana, es adecuada a la medida del amado, es decir, de Dios.

La teología nos hace amigos de Dios

Para santo Tomás, el estudio de la teología tiene valor por sí mismo y es uno de los modos por los que se produce y se acrecienta nuestra amistad con Dios. Se puede y se debe estudiar teología en orden al apostolado, para dialogar con la cultura, para responder a las dificultades que creyentes y no creyentes tienen sobre la fe, y para ofrecer una catequesis y una predicación creíbles que hagan a las personas adultas y maduras

7 Comentario al Símbolo de los Apóstoles, art. 3.

8 Cf. *Suma de Teología* II-II, c.24. art. 8; c.27, art. 4.

9 Cf. *Suma teológica*, II-II, c.23. art. 1.

en la fe. Pero, ante todo, el estudio de la teología sirve para hacernos amigos de Dios. Por eso, vale por sí mismo y no en función de otra cosa.

La primera razón para el estudio de la teología es teologal, a saber: el amor, que desea conocer cada vez mejor al Dios amado, para poder así amarle más. La fe, como dice san Pablo, nace de la predicación. Pero la sola escucha del anuncio del *kerigma*¹⁰ resulta inmediatamente insuficiente, puesto que el corazón humano busca ir de la noticia (del anuncio) a la relación; desea encontrarse con el Amor, y la inteligencia quiere conocer mejor a este Dios que su corazón anhela, para poder amarle

El estudio de la teología

está orientado a un

mejor conocimiento de la

Verdad divina

más. El estudio de la teología está orientado a un mejor conocimiento de la Verdad divina. El conocimiento es condición de la amistad y, cuando este conocimiento, como es el caso de Dios, es el del sumo Bien, el conocimiento de lo que todos deseamos y buscamos porque es lo que más nos conviene, entonces ese conocimiento conduce a la amistad, ya que entender una verdad es amarla (De Aquino, 1990).¹¹

Al comienzo de la “Suma contra Gentiles”, santo Tomás presenta un artículo maravilloso en el que dice: “el estudio de la sabiduría es el más perfecto, sublime, provechoso y alegre de todos los estudios humanos” (De Aquino, s.f. (a), p. 53). Es el más perfecto porque, en la medida en que el hombre se entrega al estudio de la teología, “posee ya alguna parte de la verdadera bienaventuranza” (De Aquino, s.f. (a), p. 45). Es el más sublime porque “por él, el hombre se asemeja a Dios”, y como “la semejanza es causa de amor, el estudio de la sabiduría une especialmente a Dios por amistad” (De Aquino, s.f. (a), p. 53). Santo Tomás insiste: “los que se aprovechan de este estudio se hacen partícipes de la amistad divina” (De Aquino, s.f. (a), p. 53); es el más útil, puesto que la teología, al hacernos amigos de Dios, es el camino para llegar a la vida eterna; es el más alegre porque este estudio produce alegría y gozo¹². Así pues, el estudio de la teología da a poseer, ya en este mundo, la verdadera felicidad, nos asemeja a Dios (¡nada menos!) y conduce a la amistad con él.

La oración nos familiariza con Dios

También, la oración es camino y expresión de amistad con Dios. Todos los grandes orantes han entendido que la oración es un modo de amar a Dios y de ser sus amigos. Teresa de Jesús es un buen ejemplo. Es conocida

¹⁰ Anuncio del evangelio.

¹¹ Suma de Teología II-II, c.15, art. 1, ad 3.

¹² Suma contra gentiles I,2.

esta definición de la santa de Ávila: “No es otra cosa oración mental, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (De Ávila, 2013, p. 45).¹³

Tomás de Aquino entiende que la oración es expresión de nuestra esperanza: pedimos lo que esperamos alcanzar. De ahí que, para purificar nuestra esperanza, Jesús nos enseñó a orar bien. En la oración del padrenuestro está indicado lo que tenemos que pedir y lo que debemos esperar (De Aquino, s.f. c).¹⁴ La oración dominical “sirve de norma a todos nuestros afectos”, pues en ella pedimos aquello que constituye nuestro fin o nuestra bienaventuranza, que es Dios, y los medios para alcanzarlo (De Aquino, 1994).¹⁵ En definitiva, en el padrenuestro pedimos conseguir el objeto de la auténtica esperanza teologal, que es Dios mismo.

Más aún, la oración, además de ser intérprete de la esperanza, es un modo de encontrarse con Aquel al que tiende nuestra esperanza. Por eso, el santo notaba que, al contrario de lo que sucede en las relaciones humanas, en las que para pedir a otro es necesaria cierta familiaridad previa, “cuando la oración se dirige a Dios, la misma oración nos familiariza con Dios” (De Aquino, s.f. c).¹⁶ En la oración no se trata tanto de pedir, sino de encontrarse con Dios y familiarizarse con Él. Y, como la familiaridad produce amistad, la oración es amistad.

En resumen, en el pensamiento de santo Tomás hay dos caminos para ser amigos de Dios: la oración y el estudio de la teología. Ambos están estrechamente unidos, son inseparables, conducen el uno al otro y se prolongan mutuamente. Por eso, no se entienden el uno sin el otro. La buena oración conduce al estudio y el estudio se prolonga en oración. No hay teología sin mística, sin contemplación, y no hay mística sin teología. Una teología sin mística es fría y vacía. Una mística sin teología corre el peligro de terminar en un delirio que, lejos de unirnos con Dios, nos separa cada vez más de Él.

Santo Tomás tiene también una serie de consideraciones sobre la oración, llenas de humanidad y buen sentido: ¿cuánto tiempo debe durar la oración? El necesario para excitar el fervor. Si la oración produce hastío, no se debe alargar más. ¿Las distracciones empeñan el mérito de la oración? No necesariamente, porque lo que cuenta es la buena intención del orante, y en todo coloquio de amor hay altibajos, momentos más vivos y otros más apagados (De Aquino, 1994).¹⁷

¹³ Vida 8,5.

¹⁴ Compendio de Teología, segunda parte, cap. 3; cf. SAN AGUSTÍN, *Enquiridion*, 14.

¹⁵ *Suma de Teología* II-II, c.83, art. 9.

¹⁶ *Compendio de Teología, segunda parte, cap. 2.*

¹⁷ *Suma de Teología* II-II, c. 83, art. 14 y c. 83, art. 13.

La amistad nos lleva a la alabanza del amigo

Santo Tomás compuso oraciones e himnos plagados de buena teología¹⁸. Sus oraciones son testimonio de un amor a Dios apasionado y sin medida, y los himnos son las canciones más bellas de la Iglesia católica, sobre todo los del oficio del *Corpus Christi*. Algunos cuentan que

el papa Urbano IV encargó la composición de los himnos del *Corpus* a san Buenaventura y a santo Tomás, y que, cuando este último comenzó a leer en voz alta su texto, San Buenaventura fue rompiendo el suyo en pedazos. Los que eso cuentan no citan ninguna fuente que pueda testificar o fundamentar el hecho; siempre apelan a “algunos biógrafos”, pero no citan a ninguno. Probablemente es una piadosa

leyenda. En cualquier caso, ni para resaltar la humildad de san Buenaventura ni para alabar el arte poético de santo Tomás se necesita contar este tipo de historias.

Los himnos y las oraciones compuestas por el Aquinate son una preciosa manifestación de cómo la amistad conduce a la alabanza del amigo. Una de las características de la amistad es la “benedicencia”, es decir, el hablar bien del amigo. En nuestro caso, se trata de un decir bien que brota del fondo del alma, consecuencia de una

profunda experiencia de amor, de un desbordamiento del espíritu que no puede contenerse.

No puedo analizar los himnos y oraciones de nuestro santo. Ofrezco algunos párrafos de una oración compuesta para ser recitada cuando asistía a una segunda Misa, pero no como celebrante:

Te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente bajo estas apariencias. A ti se somete mi corazón por completo, porque al contemplarte todo falla. Vista, tacto y gusto engañan, porque solo se cree por el oído: creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios; nada es más cierto que esta Palabra de verdad. En la Cruz se escondía solo la Divinidad, pero aquí se esconde también la humanidad.

Y recuerdo este texto poético, lleno del más grande amor y de la mejor teología:

El Verbo que viene de lo alto
y no abandona la derecha del Padre,
salido para realizar su obra,
ha venido al atardecer de la vida.
Quien por su discípulo a la muerte
sería entregado a sus enemigos,
antes como comida de vida,
se entregó a los discípulos.
A ellos, bajo doble especie,
dio su carne y su sangre
para que en esta doble sustancia
se alimentara todo el hombre.
Al nacer se entregó como compañero,
al crecer se entregó como alimento;
al morir se entregó como precio;

18 Pueden encontrarse en este libro que el mismo autor ha traducido: *Philippe-Marie Margelidon, Las más bellas oraciones de santo Tomás de Aquino*, BAC, Madrid, 2024.

al reinar se da como premio.
 Oh, salvadora hostia
 que abres la puerta del cielo,
 en los ataques del enemigo
 danos fuerza, concédenos auxilio.

La amistad impulsa a anunciar lo bueno que es el amigo

Más cosas podríamos decir sobre esta relación de amistad entre Dios y la persona humana. Tan solo indico que, a esta luz, puede leerse uno de los más famosos axiomas teológicos de santo Tomás: “comunicar a otros lo que uno ha contemplado” (De Aquino, 1994, p. 728).¹⁹ En efecto, la amistad produce una alegría que no se puede contener y nos impulsa a anunciar lo bueno que es el amigo. Conocer al amigo, contemplarlo, se traduce en misión. Y ahí podríamos hablar del valor del apostolado según santo Tomás: dar a conocer es más perfecto que el solo contemplar. Pues el buen amigo no busca solo complacerse en el amigo y gozar de su compañía; busca, ante todo, el bien del amigo y complacerlo. Y el Dios amigo del ser humano quiere que todos le amen y le conozcan. Por eso, el hombre que ha gustado de la amistad con Dios y sabe lo bueno que es el Señor, quiere darlo a conocer, anunciarlo, para que todos le conozcan y gocen de él. En este anuncio está, para santo Tomás, la máxima prueba de la amistad ²⁰(De Aquino, 1990).²¹

REFERENCIAS

- DE AQUINO, T. (s. f.-a). *Suma contra Gentiles*. Secretaría de Educación de Coahuila. <https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/SumaGentiles.pdf>
- DE AQUINO, T. (s. f.-b). *Exposición del símbolo de los apóstoles, esto es, del “Credo”*. <https://tomasdeaquino.org/exposicion-del-simbolo-de-los-apostoles-esto-es-del-credo/#4>
- DE AQUINO, T. (s. f.-c). *Compendio de teología*. <https://tomasdeaquino.org/compendio-de-teologia/#3>
- DE AQUINO, T. (1979). *Comentario de Santo Tomás de Aquino a la Epístola a los Hebreos* (J. I. M., Trad.). https://www.traditio-op.org/biblioteca/Aquino/santo_tomas_de_aquino-comentario_a_la_carta_a_los_hebreos.pdf
- DE AQUINO, T. (1987). *Exposición del “De Trinitate” de Boecio*. EUNSA. https://www.academia.edu/43180107/Santo_Tom%C3%A1s_de_Aquino_Exposici%C3%B3n_del_De_Trinitate_de_Boecio?auto=download
- DE AQUINO, T. (1990). *Suma teológica* (O. Calle Campo, Trad., Tomo III). Biblioteca de Autores Cristianos. <https://www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/3.pdf>
- DE AQUINO, T. (1994). *Suma teológica* (M. Morán Flecha, Trad., Tomo IV). Biblioteca de Autores Cristianos. <https://www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/4.pdf>
- DE AQUINO, T. (2001). *Suma teológica* (J. Martorell Capó, Trad., Tomo I). Biblioteca de Autores Cristianos.
- DE AQUINO, T. (2002). *Comentario a las sentencias de Pedro Lombardo* (Vol. I/1). EUNSA.
- DE ÁVILA, T. (2013). *Libro de la vida* (Orden del Carmelo Descalzo Seglar [ocds], Trad.). <https://www.santateresadejesus.com/wp-content/uploads/Libro-de-la-Vida.pdf>
- GELABERT, M. (2017). *Tomás de Aquino, testigo y maestro de la fe*. <https://ser.dominicos.org/blog/antes-que-nosotros/tomas-de-aquino-testigo-y-maestro-de-la-fe/>

¹⁹ Suma de Teología, II-II, c. 188, art. 6.

²⁰ Cf. De caritate I, 11,6.

²¹ S.T. II-II, c. 23 (ir a la página 201 del Tomo III de la Suma teológica de la BAC).